



Azor, Compañero de un Poeta

Por EDGARDO GARRIDO MERINO

La literatura ha recogido, a través del tiempo, la biografía casi siempre breve de los animales domésticos, compañeros del hombre, que han dejado su presencia evocadora en emotivas páginas, en las cuales perdura el sentimiento afectuoso de esos hermanos menores y mudos, silenciosos para nosotros por falta de un nexo de lenguaje. Pequeños compañeros, cuyas reacciones del instinto nos revelan una inteligencia que chispea en la luz de los ojos a la vez que sus ágiles movimientos nos demuestran su lentitud y efusivo afecto.

"Kolostomero", el caballo que León Tolstoy incorporó a la legión de sus figuras literarias, tan humilde y digno como su amo, y que supo vivir con resignación el drama de su destino; "Turen", el perro que Octavio Mirabeau pintara con tintas de tragedia en uno de sus "Cuentos de la choca"; los gatos, de piel aterciopelada y ojos de oro, inspiradores de un poema de Verlaine, y que fueran objeto de la apasionada dedicación de Colette; la vaca que Leopoldo Alas inmortalizó bajo un manto de melancolía en su célebre relato "¡Adiós, Cordera!"; los perros filósofos que Cervantes hizo dialogar en un pórtico de Valladolid, se conservan vivos en nuestra memoria.

En el verano pasado hubo de trabajar amistad con un perro de casta, cuya simpatía estaba en directa compensación con el ambiente que lo circundaba. Al llegar a la hermosa casona de prestancia colonial, poseedora de anchos corredores, amplias terrazas y balcones abiertos a la no muy lejana visión del mar, —mansión noble y hospitalaria de un inolvidable amigo Diego Dublé Urrutia— Azor, que así se llamaba el can, se me acercó ladrando suavemente. Me veía junto a su amo, y esta cordialidad del recibimiento se le comunicó de seguida, pues vino a rozarme las piernas con sus veladas orejas y se alzó en dos patas para que le acariciara la cabeza. Desde aquel momento, en que el perro del poeta me otorgaba el beneplácito de su complacencia, Azor y yo fuimos buenos amigos.

Cerca de un mes viví, en la residencia de Lloleu, en cotidiana charla con el célebre autor de "Fontana cándida", y cuando en las mañanas nos reuníamos en su vasto escritorio, atiborrado de retratos familiares y bellos libros, sin que faltasen las estufas de algunos grandes genios, nos examinábamos en actitudes distintas. Dublé releía los periódicos italianos que le traían recuerdos de la Roma donde actuara como cauto diplomático en su juventud, y yo, apostado entre del ventanal, deleitándome con la visión del paisaje: el río Mulgo abrazándose en un torbellino de espumas con las aguas azules del océano. Y era entonces cuando Azor venía a hacernos compañía; dócil, obediente a las órdenes o insinuaciones del amo, y yendo, muy despacio, de uno a otro, con ademanes que acentuaban su discreción.

Azor tenía el nombre de un río basco, de un río de

catrecría, que despierta reminiscencias medievales, junto al mar, el balcón a la izquierda. La palabra azor, vinculada a los viejos códigos de hace varios siglos, adquiere un valor renovado en la "Sonatina" de Rubén Darío: "...en caballos con alas hacia ti se encamina / en el cinto la espada y en la mano el azor"....

El mismo animal aún luego a tomar aire y sol en los jardines que circundan la casona, y jugaba infantilmente, pose a que ya estaba muy distanciada de su plenitud física.

Cierta tarde se me acercó ladrando, y como lo viera agitado, me relíe algunos págs, pero aquellos ladridos, que aparentaban enojo, no eran dedicados a mí persona. Le vi entrar y alzar como un cazador apasionado; se eriza, sin duda, un azor de verdad, y quería cazar una mariposa que hacía rato volteaba próxima a su cuerpo.

Azor, según me contaron, llegó pequeño a la humilde casa de Dublé y se desarrolló en un vicio sano y alegre, tan infiltrado de buenas costumbres, que ni siquiera molestaba a las gallinas que solían merodear por las cercanías de las viviendas interiores. Azor tenía personalidad, y no desmentía su prosapia de can de buena raza.

Al regresar a la ciudad grande, a la brega cotidiana del exterior, la palpación vital de Azor, cerca de nosotros, su aliento de organismo ya fatigado, me trajo su imagen a la memoria, pues había sido una grata asociación en aquellos días de retiro, sepraje por la conversación espiritista del amigo poeta.

La vida pasa y el destino de las cosas varía. Poco tiempo después, Dublé me escribía una cariñosa misiva en la que me reiteraba nueva invitación para que volviese a Lloleu, a fin de proseguir anudando nuestro inextinguible y animado diálogo. Me decía en su carta: "Esperamos volver a verte por esta casa, en que sus habitantes, sus palios españoles, árboles, pajaros y Azor te recuerdan a diario...."

Varios meses después, habiéndose celebrado con merecidos homenajes los noventa años a los que llegó su longeva existencia, sobrevino la triste y nunca bien lamentada desaparición del vate que escribió la "Noche amafitana".

Ahora llega a mí una noticia melancólica. Azor ha muerto al finalizar el verano; sobrevivió escaso tiempo a su amo. Azor habrá sido enterrado en el jardín. Y el espíritu de su vida nos parece semejante al de Platero, el borriquillo gris que finó en Palos de Moguer, cerca del mar en que se inició la empresa colombina; el asno tierno, juvenil que fuera compañero de Juan Ramón Jiménez en su niñez. Azor ha muerto también junto al mar, al océano de Núñez de Balboa. Ambas, Platero, el de Ramón, y Azor, el de Diego, nimbados por la memoria de dos grandes poetas, se hermanan hoy en esta evocación, porque, pese a la distancia de tiempo y de lugar, adquieren una misma vida emocional en la valoración de nuestro afecto.

Azor, compañero de un poeta [artículo] Edgardo Garrido Merino.

Libros y documentos

AUTORÍA

Garrido Merino, Edgardo, 1888-1976

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Azor, compañero de un poeta [artículo] Edgardo Garrido Merino.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile